

La tranquilidad que se gozaba en el año 1675 se perturbó muy pronto con la muerte de dos fervorosos misioneros. En los primeros días de 1676, por un incidente casual, fué asesinado el Hermano coadjutor Pedro Díaz. Habían querido algunos indios salvajes apoderarse de cierta niña, que se criaba en el colegio de doncellas, para saciar en ella su lujuria. El Hermano Pedro Díaz defendió a la niña y arrojó lejos a los indios, reprendiéndoles severamente sus vicios. Aunque por entonces se callaron aquellos hombres, a poco tiempo, volviendo acompañados de otros muchos y encontrando sólo al Hermano, le acometieron cruelmente y le mataron a lanzadas.

En el mes de Enero del mismo año fué también sacrificado bárbaramente por los indios el P. Antonio María San Basilio, natural de Catania en Sicilia, que ya llevaba cerca de cuatro años trabajando en las islas Marianas.

Otra víctima todavía más célebre sacrificó el furor de los idólatras en este mismo año de 1676. Era el angelical P. Sebastián de Monroy. Había nacido este religioso en Arahál, pueblo conocido de Andalucía, el año 1649, y después de estudiar en nuestro colegio de Sevilla, se había ordenado de epístola en 1672. Sintió entonces la vocación religiosa, y logrando convencer, aunque no sin dificultades, a sus padres, fué admitido en la Compañía, donde dió desde el primer día pruebas admirables de religioso fervor. En aquel mismo año se disponía una expedición para las islas Marianas, y oyendo el joven Monroy que se buscaban misioneros para aquella misión, se ofreció fervorosamente a la misma jornada. Admitido su ofrecimiento, creyeron los superiores que, pues ya era subdiácono, sería oportuno conferirle las sagradas órdenes que le faltaban antes de ponerse en camino. Así se hizo. El Arzobispo de Sevilla le ordenó de diácono y de presbítero, con lo cual alegre nuestro novicio se embarcó para la misión, adonde llegó en el año 1674. Lo primero que hizo en las Marianas fueron los votos del bienio, pues entonces cumplía el tiempo de su noviciado. En seguida empezó con gran denuedo a aprender la lengua de los indios, y dueño muy pronto de ella, dedicóse con fervor a la santificación de aquellos naturales.

Destinóle la obediencia a una isla poco apartada de Guan, donde fijó su residencia en un pueblo llamado Orote. Allí procuró formar otro colegito de niñas cristianas, como el que había puesto el P. Sanvitores en la isla de Guan, y esta obra tan pia-

dosa y cristiana fué la ocasión de que lograra el santo joven la corona del martirio. En 1676 trató de casar a una de aquellas jóvenes cristianas con un soldado español que la deseó por mujer. Hizose el casamiento, pero los indios parientes de la niña se irritaron sobremanera, lo cual ya lo había previsto la misma desposada, pues como ella decía al misionero, sólo por haberse hecho cristiana le habían cobrado odio hasta sus mismos padres. Estos amotinaron a varios indios, y sobre todo se calentaron mucho los ánimos con las declamaciones de un indio llamado Aguarrín, tuerto y muy hablador e inteligente, que arrastraba en pos de sí a los demás indios con los arranques de su elocuencia salvaje. Vino a saberse en Guan el peligro que corría la vida del P. Monroy, y el Gobernador, que era entonces D. Francisco Iriarri (porque D. Damián Esplana se había embarcado poco antes para Filipinas), mandó que el Padre se volviese a Guan con algunos soldados que le acompañaban.

Hizose así; pero después, creyendo que ya estarían pacificados los indios y habrían vuelto las cosas a su cauce ordinario, pasó de Guan a Orote el misionero, llevando consigo ocho soldados españoles. Prosiguió allí con aparente tranquilidad sus trabajos apostólicos, cuando supo de nuevo que tramaban una conjuración contra él. Envió un soldado a Guan para avisar de lo que sucedía y pedir socorros. Como éstos no le llegasen, juzgó que sería más acertado embarcarse con los otros siete soldados para ponerse a salvo en Guan. En este punto intervino un indio traidor que trastornó los planes del P. Monroy. Llamábase Cheref, y dándose por muy amigo del misionero y de los españoles, emprendió ostensiblemente una tarea de pacificación, regañando a los indios porque hostigaban al Padre. Él mismo se ofreció a conducir la barca con el misionero y los soldados hasta Guan, pero al mismo tiempo tenía prevenidos a todos los indios para que acometiesen cuando él ejecutase el plan que tenía pensado.

Era el 6 de Septiembre de 1676. Embarcóse en la canoa el P. Sebastián de Monroy y con él los siete soldados, guiando la barca el Cheref con algunos indios remeros. Apenas se habían apartado un poco de la playa, el traidor volcó súbitamente la barca y todos cayeron al agua, quedándose sumergidos casi hasta el cuello. En este punto aparecieron innumerables indios por todos los lados de la costa y se lanzaron furiosos contra el misionero y los españoles. Lo que más les infundía pavor a aquellos

indígenas eran los arcabuces, y por eso Cheref había tramado anegar en el agua a los soldados, para que no pudieran servirse de estas armas. Los españoles sacaron las espadas y procuraron buenamente defenderse de aquel enjambre de indios; pero ¿qué podían hacer siete hombres metidos en el agua hasta el cuello y rodeados de centenares de enemigos? Estos embistieron furiosamente al P. Monroy y le atravesaron a lanzadas el cuerpo. Después acabaron también a lanzadas y a machetazos a los siete soldados españoles que acompañaron al Padre en el generoso sacrificio de sus vidas. Sólo tenía el P. Monroy veintisiete años de edad y había vivido cuatro en la Compañía (1).

En los cuatro años que siguieron a esta muerte se fueron pacificando poco a poco aquellas islas, porque llegó algún refuerzo de soldados y fueron mejor provistos los que defendían a nuestros Padres. El P. Antonio Jaramillo, Procurador de Filipinas, enviaba una relación el 20 de Diciembre de 1680, de la cual recogemos estos datos sobre la misión de Marianas: «Hay en aquellas islas unos noventa soldados, que han sosegado poco a poco a todas ellas, y desde Guan, donde viven fortificados, mantienen el orden en todas las Marianas. Prosperan los dos seminarios de niños y niñas fundados por el P. Sanvitores, y con los jóvenes que en ellos se crían se van formando poco a poco familias cristianas. Procuran los Padres reducir los indios a pueblos en torno de las iglesias y se ha logrado ya en el presidio de Guan el que asistan ordinariamente a misa los domingos más de mil indios. Ahora se envían nuevos refuerzos de soldados, con los cuales serán ciento treinta hombres de armas. Ha sido nombrado capitán y teniente gobernador D. José Quiroga y Losada, natural de Galicia, de cuya nobleza, dice Jaramillo, vida ejemplar y militar experiencia se esperan grandes servicios de Dios y de Su Majestad. Los ministros evangélicos que hay al presente son diez sacerdotes y tres Hermanos coadjutores de la Compañía con un donado» (2). Tal fué el estado de la misión Mariana desde 1676 hasta más allá de 1680, época de relativa tranquilidad y de algún progreso en la predicación del santo Evangelio.

6. El 13 de Junio de 1681 desembarcó en las Marianas el

(1) Todos los pormenores de este martirio pueden leerse en García, *Vida del P. Sanvitores*, l. V, c. 17, y en el P. Aranda ya citado, c. 66.

(2) Arch. de Indias, 68-1-40.

maestre de campo D. Antonio de Saravia, nombrado Gobernador y Capitán general de aquellas islas. Fué muy bien recibido por los Nuestros, y desde luego, dió muestras de prudencia y capacidad en su gobierno. Completó la fortaleza que se había edificado en el sitio mejor de Guan, procuró que los indios circunvecinos se redujesen a siete pueblos, para que pudiesen ser catequizados más cómodamente por los misioneros. Hecho esto pasó a visitar otras islas del norte y en todas tomó algunas providencias encaminadas a la seguridad del país y al progreso del Evangelio. Muy contentos estaban los jesuitas con el gobierno de Saravia; pero, desgraciadamente, duró corto tiempo. A los dos años empezó a sentirse bastante enfermo y vino a expirar en Noviembre de 1683 (1). Por muerte suya fué nombrado Gobernador nuevamente Damián Esplana.

Aquel año hallábanse los Nuestros muy atribulados porque no había venido en mucho tiempo el socorro acostumbrado que solían recibir de Filipinas, por lo cual escaseaban algunos artículos que no producía el país. Hasta temieron los Padres verse privados del consuelo de decir misa, porque se les estaba acabando el vino. Dios Nuestro Señor les consoló, haciendo que llegase una balandra que, como embarcación extraordinaria, había aprestado el Gobernador de Filipinas. En ella se les remitieron los artículos necesarios de que se veían más necesitados en las Marianas (2). Otro consuelo recibieron los misioneros con esta balandra, y fué que en ella venía el capitán D. José de Quiroga y Losada, que había estado ausente en Manila durante dos años por negocios particulares. En ningún hombre seglar tenían los jesuitas tanta confianza como en el buen capitán Quiroga, quien sabía juntar los deberes de cristiano con los oficios de militar.

Con esta tranquilidad continuaron las cosas hasta que de repente perturbóse todo en aquellas islas en el verano de 1684. Durante algunos meses habían ido soliviantado los ánimos de los naturales algunos indios rebeldes y apóstatas que sufrían de mala gana el yugo del Evangelio y la sumisión a España. Deseando volver a su libertad salvaje, tramaron ocultamente una sublevación, que estalló casi al mismo tiempo en Guan y en varias islas

(1) Sobre el gobierno de Saravia véanse las dos relaciones generales de los misioneros, una de 1682 y otra de 1684, en el Arch. de Indias, 68-1-40.

(2) Véase la relación citada de 1684.

del Norte (1). Tuvieron los españoles alguna noticia del movimiento que se preparaba, y por eso el Gobernador envió al capitán Quiroga con unos sesenta soldados a recorrer las islas donde se temía que estallase la revolución. Pero ésta sobrevino más fuerte precisamente donde se la esperaba menos, en la misma isla de Guan. El día 23 de Julio de 1684 salieron al campo centenares de indios, y en el mismo pueblo principal de Guan acometieron tres o cuatro alzados a la persona misma del Gobernador Esplana en medio de la calle. Fortuna fué que se hallaban cerca dos soldados españoles, quienes defendieron al Gobernador y pusieron en fuga a los indios. Fué notable la inercia e ineptitud que mostró en esta ocasión D. Damián Esplana, que tan buenas pruebas había dado de sí ocho años antes. No sabemos por qué, teniendo a su disposición cincuenta y nueve soldados, se encerró con ellos en la fortaleza y no hizo nada para dominar la revolución que se desbordó por varias partes (2). Los amotinados acometieron a los jesuitas dondequiera que los encontraron. En Guan fueron heridos tres Padres y tres Hermanos coadjutores. Dos de los heridos murieron luego, uno de los cuales era el P. Solórzano, Viceprovincial y Superior de toda la misión de Marianas. Los otros cuatro convalecieron de sus heridas.

Al mismo tiempo se extendió la conjuración a varias islas del Norte, y aunque el capitán Quiroga logró dominarla al cabo de algunas semanas; pero en ese tiempo no pudo evitar que fuesen sacrificados tres Padres de la Compañía. El P. Teófilo de Angeles, que fué muerto en la isla de Tinián. Siguióle el P. Agustín Stroback, natural de Moravia, que sucumbió a los golpes de los bárbaros en la costa de la misma isla, cuando se preparaba a desembarcar. Por último derramó su sangre por Cristo en la isla de Zarpana el P. Carlos Boranga, natural de Viena, que poco antes había empezado un fervoroso apostolado en las indias Marianas. También llegó a morir el Hermano coadjutor Baltasar Du Bois, flamenco (3).

(1) Los sucesos que siguen los conocemos principalmente por la carta que dirigió al Rey el 15 de Mayo de 1685 el P. Gerardo Bouwens, que, muerto el P. Solórzano, quedó de Superior de la misión. Arch. de Indias, 68-1-40.

(2) El P. Bouwens, en la carta citada, pide con indignación que se quite de allí a un gobernador tan inepto.

(3) Pueden verse más noticias sobre estos mártires en la edición italiana de la *Vida del P. Sanvitores*, escrita por el P. Francisco García y traducida

La pérdida de tantos misioneros, la agitación que se siguió en todas aquellas islas, la falta de ciertos socorros que se recibían de Manila y no siempre llegaban a tiempo, hizo que desde el año de 1685 fuese decayendo bastante la misión y reduciéndose a la isla de Guan. Entretanto en España se fomentaban algunas ilusiones sobre la prosperidad de aquella cristiandad, y se llegó por entonces a concebir la idea de erigir allí un Obispado. Hasta se propuso para Obispo de las Marianas al conocido P. Antonio de Jaramillo, que vino por procurador de Filipinas. Nuestro Rey Carlos II escribió al P. Tirso González el 20 de Enero de 1688, manifestándole que sería de su real agrado erigir una iglesia catedral en las islas Marianas y nombrar por primer Obispo de ellas al P. Antonio Jaramillo. Respondiendo a la propuesta dice el P. Tirso González: «Doy a V. M. las gracias, y no hay dificultad alguna, pues la que podría ocurrir de parte del Instituto y cuarto voto la hallo del todo allanada con el ejemplo que en circunstancias casi las mismas hizo nuestro santo fundador. La dignidad de Obispo en las Marianas en estos tiempos tiene más que honor materia y ocasión de apostólicas fatigas, trabajos y peligros continuos de muerte, y semejantes Obispados no los rehusó para sus hijos nuestro santo fundador» (1).

A pesar de este principio no se pasó adelante en el negocio del Obispado porque se debió entender en España, por las últimas relaciones de nuestros misioneros, el estado decadente a que había llegado la misión de aquellas islas. Conservamos una memoria o relación escrita por el P. José Hernández en 1690, en la cual se nos presenta breve y claramente el cuadro de la misión Mariana. Nos ha parecido conveniente reproducirla con fidelidad, para que los lectores se formen cabal idea del estado en que se hallaba la célebre misión. Dice así el P. Hernández:

«De las trece islas que llaman Marianas, sólo una, que es la mayor de todas y se llama Guan o San Juan, está en paz. Todas las otras están levantadas y en guerra, sin querer admitir ni soldados ni Padres que les administren; con que sólo en la dicha isla de Guan hay presidio y Padres de la Compañía. Los Padres son trece, los Hermanos coadjutores cuatro y un donado. Los pueblos

por el P. Ambrosio Ortiz. Como el P. García murió en 1685, no pudo alcanzar estas últimas noticias de la misión. Las añadió el traductor italiano.

(1) Archivo de Indias, 68-1-44.

donde hay padres son cinco. El primer pueblo es el de la cabecera, llamado Agaña, en donde residen los siguientes: El P. Lorenzo Bustillos, que es superior de la misión. Los PP. Basilio Le Roulx y Diego de Zarzosa, los cuales no tienen más empleo que hacer de cuando en cuando alguna platiquilla a los naturales y ayudar en cuaresma a las confesiones. El P. Juan Tilpe, que es operario, por si se ofrece bautismo o confesión de enfermos, por que fuera de la cuaresma pocas confesiones hay en estas iglesias. El P. Francisco Palavicino, que aprende la lengua; el Padre Joaquín Assin, que predica los domingos y fiestas principales y enseña la doctrina cristiana a los españoles y Filipinos que están en la misma cabecera. Finalmente tres Hermanos coadjutores y un donado. De los Hermanos uno cuida de las sementeras de maíz, otro de la despensa, otro que es boticario y médico cirujano, que cura a todos los enfermos de la isla, y el donado es sacristán. Toda la gente de este pueblo se reduce como a trescientas almas.

Junto a este pueblo hay una casa o colegio con una docena de indiecillos colegiales, a quienes un Padre que allí asiste (que es ahora el P. García Salgado) con título de rector, les viste y sustenta y enseña a leer y escribir. Ha puesto un maestro para que les enseñe a cantar una misa, y dichos colegiales cantan en la iglesia de dicho pueblo todos los sábados la misa de Nuestra Señora y algunas otras misas que acostumbran a cantar en las fiestas más principales. Este Padre tiene por compañero a un Hermano coadjutor que cuida de la despensa y de las sementeras de maíz.

»El segundo pueblo es el de Dago, donde asiste sólo el P. Matías Coculino y tiene a su cargo solas doscientas almas. El tercer pueblo es el de Agat, con sólo el P. Tomás Cardeñoso; tiene dicho pueblo trescientas almas. El cuarto pueblo es el de Tumataga, donde asiste el P. Miguel de Aparicio y asistía yo. El Padre Aparicio cuida de los indios y yo cuidaba de predicar la doctrina a los españoles y filipinos que están en dicho pueblo con el Gobernador. De manera que así los soldados españoles como los indios filipinos (que entre todos eran ciento ochenta) están repartidos unos en la cabecera con el sargento mayor D. Jose de Quiroga y otros en Tumataga con el Gobernador D. Damián de Esplana, y por eso son dos los Padres que cuidan de ellos. El quinto pueblo y último es el de Lina, donde residen dos Padres. El

P. Felipe María Mascati, que aprende la lengua, y el P. Gerardo Bouwens, el cual tiene a su cargo doscientas almas, en cuyo número entran diez y seis o diez y ocho muchachas colegialas, las cuales viven en las casas de sus padres y los días de trabajo se juntan en una casilla, donde una mujer anciana de la tierra les enseña a hacer petates y otras cosas semejantes. En dicha casilla comen lo que les envía el P. Rector del colegio de la cabecera, el cual también las viste, porque para uno y otro da el Rey dos mil pesos todos los años, como para los colegiales tres mil. Cuida también el P. Bouwens de que dichas muchachas recen todos los días el rosario de Nuestra Señora, como lo hacen.

»No hay más pueblos ni más gente en dicha isla de Guan, de manera que hecho el cómputo de españoles y Padres, indios filipinos y marianos, todas las almas de dicha isla no pasan de dos mil, y así de indios marianos a lo sumo hay mil ochocientos» (1).

Por esta descripción vemos la deplorable decadencia a que había llegado la misión de Marianas. De las trece islas se habían desamparado las doce, y sólo en la de Guan perseveraban los jesuitas procurando conservar lo poquito que restaba de tantos indios convertidos antes a nuestra santa fe. En la relación que escribieron en 1691 dicen estas palabras: «Gozamos de salud todos los sacerdotes que aquí nos hallamos empleándonos en tener siquiera levantado el estandarte de la fe en esta isla de Guan, ya que por las altas e impenetrables razones del Altísimo no ha sido posible hasta ahora llevarla adelante o volverles a juntar en las otras islas del Norte que quedan por reducir y en las del Sur que quedan por descubrir» (2). Según esta misma relación, vivían en las Marianas quince sacerdotes, cuatro Hermanos coadjutores y un donado.

Cuatro años duró este estado de lamentable inacción, la cual era debida principalmente al Gobernador Damián de Esplana. Este hombre, ya viejo y quebrantado por varios achaques, no estaba para emprender expediciones nuevas. Nuestro P. General había insinuado a los misioneros que procurasen recuperar el terreno perdido y restituir el Evangelio a las otras islas Marianas. Ellos lo hicieron presente al Gobernador, pero Su Señoría no se

(1) *Philipp. Hist.*, l. V, n. 71.

(2) Archivo de Indias, $\frac{1}{562}$. «Relación del estado y progresos de la misión y cristiandad de las islas Marianas desde Mayo de 1690 hasta el de 91».

movió poco ni mucho por las representaciones de los misioneros. Encerrado en su casa de Guan, pasó tranquilamente aquellos años, hasta que en Agosto de 1694 le llegó la muerte por una hidropesía.

Entró a gobernar interinamente el cristiano caballero D. José de Quiroga y al instante cambió por completo la situación en aquellas islas (1). Oigamos lo que nos cuenta el P. Basilio Le Roulx en carta dirigida al P. General. Recordando las insinuaciones que les había hecho Su Paternidad de recobrar las islas perdidas, prosigue así: «Negocio era éste el mayor de nuestro deseo, pero por más instancias que hacíamos estaba irremediamente desesperado si Dios no hubiera metido en ello mano, llevando para sí al Gobernador D. Damián Esplana, el cual murió de hidropesía el 16 de Agosto de 1694.

»Por su muerte entró a gobernar en interin nuestro Sargento mayor D. José de Quiroga, y a toda prisa dispuso lo necesario para el paso a las otras islas, queriendo su cristiano celo conquistarlas cuanto antes y sujetarlas al yugo del Evangelio. Empezó la jornada por la isla de Rota, como más cercana a la nuestra, y a este intento embarcóse en 22 de Setiembre de 1694 con uno de los nuestros y con cincuenta soldados. Fué el viaje tan feliz, que navegando todo el día con viento próspero, anochecieron sobre Rota sin ser sentidos de sus moradores hasta verles amanecer a sus puertas, y aturridos con la inesperada llegada de tales huéspedes y sin osar pelear se rindieron de paz, de suerte que en espacio de nueve o diez días se hizo la obra a medida de nuestro deseo.

»Castigóse un pueblo del monte que, confiado en lo áspero y encumbrado de su sitio, quiso probar ventura y resistió de venir a la obediencia. Quemósele, entre otras cosas, una casa llena de sus armas, que eran muchas piedras y lanzas de hueso humano. En toda la isla se hicieron muchos bautizos de párvulos, trújose acá toda la gente fugitiva de Guan en veintiséis bancas de Rota y algunos niños y niñas rotenses, para su buena educación en los colegios. De esta manera quedó reducida aquella isla y restituida la comunicación y trato pacífico con la nuestra y abierto y allanado el camino para su enseñanza.

(1) Véase en el Archivo de Indias, $\frac{1}{562}$, la carta de Quiroga al Rey (Guan, 23 de Mayo 1695) anunciando la muerte de Esplana y el gobierno interino que él ha tomado.

»Después de tan buenos principios no se aguardaba otra cosa que sazón y tiempo para ir adelante; mas como el Norte y el Nordeste se llevasen todo el tiempo entremedio, difirióse el viaje hasta el 2 de Febrero de 1695, día de la Candelaria, cuya vispera confesaron los señalados para la empresa, y el día siguiente, habiendo comulgado, hiciéronse todos a la vela. El Sr. Gobernador, acompañado de dos de los nuestros, iba en una galeota con el mayor trozo de la gente, cuyo resto iba en otro barco luengo. Seguían veinte embarcaciones y en ellas los indios más amigos de la isla, convidados a la empresa, todos alegres y con viento próspero se hubiera continuado, pero engolfados entre Guan y Rota, sintieron el viento tan contrario y la corriente tan incontrastable, que fué menester arribar a Rota hasta que el tiempo diese lugar a pasar adelante.

»Se volvió a intentar en 23 de Marzo con la misma fortuna y malos vientos, que si bien atrasaron el viaje, no apaciguaron el ánimo y la resolución. Por el mes de Julio y siguientes, según el curso ordinario, es infalible la expedición. La aguardamos con santa impaciencia, confiando en el Señor que con la primera ocasión podré escribir a V. P. la feliz nueva de la entera pacificación de todas las islas Marianas.» Así escribió este misionero el 23 de Mayo de 1695. Su predicción se fué verificando en todo aquel año y el siguiente. Por la diligencia y valor de D. José de Quiroga ya estaban reducidas a la obediencia de España, y en buena parte a la fe de Jesucristo, todas las islas Marianas el año 1697.

Pasó entonces por ellas, dirigiéndose a Manila, D. Diego Camacho y Avila, nombrado Arzobispo de esta ciudad. Quedó muy bien impresionado del aspecto que presentaban aquellas islas, y escribiendo al Rey le decía estas palabras: «Participo a V. M. la alegre noticia de haberse vuelto a reunir todas las islas Marianas al gremio de nuestra sagrada religión, asistiendo nuestro Señor no menos al gran celo y espíritu del sargento mayor D. José de Quiroga, que al de los Padres de la Compañía, para cuya conservación son necesarios algunos sujetos militares. Serán menester como hasta veinte Padres de la Compañía, sobre los doce que allí hay, porque nunca están las islas más expuestas a perderse que ahora, según me dijo el nuevo Gobernador.»

Reconquistadas las islas Marianas, emprendieron con nuevo fervor nuestros Padres la tarea de catequizar y suavizar las cos-

tumbres de aquellos bárbaros isleños. El año 1699, no sabemos si por iniciativa de los nuestros o por designio del nuevo Gobernador, D. José Madrazo, se acometió una empresa bastante difícil, pero provechosa para el florecimiento de la misión. Resolvió el Gobernador poner en las tres islas principales toda la población de indios que andaba diseminada en las pequeñas islas Marianas. Eligiéronse para esto las tres mayores: Guan, Rota y Saypán. Juntáronse hasta ciento doce embarcaciones de indios, y al mando del Capitán Sebastián Luis, que conducía doce soldados españoles, salieron para el Norte. A pesar de las ordinarias contrariedades de malos vientos, corrientes difíciles, fuga de indios y otros trabajos de este género que eran inevitables en aquellas expediciones, logró D. José Madrazo ir poco a poco atrayendo los indios hacia las tres islas indicadas.

Según nos dice la relación que enviaron nuestros Padres en aquel año, el P. Gerardo Bouwens fué el hombre principal en esta obra difícil y el que supo con suavidad y prudencia disponer los ánimos de los indios para esta emigración.

Véase el estado que presentaba la isla de Guan después de esta expedición: «Se han ido conduciendo, dice la relación citada, a esta isla de Guan todos los moradores de las ocho islas, en cuyo transporte se han gastado casi cuatro meses, por no ser los tiempos siempre favorables para estas débiles embarcaciones. El Gobernador, gozoso de ver concluida esta empresa, tantos años ha deseada y tan llena de dificultades, ha procurado agasajar a estos indios y darles pueblos mejores que los que dejaron, no permitiendo que se les haga la menor vejación; para que conozcan que el haberles obligado a dejar sus tierras sólo se encamina al bien de sus almas, y así empiecen a hacer concepto de la fe y doctrina del Evangelio. Parte de esta gente se ha puesto en el pueblo de Inarhán, que es uno de los partidos mejores de estas islas, y donde están levantando iglesias y casas para los Padres. Con ésta son diez las iglesias en que se administran los Sacramentos en las tres islas de Guan, Rota y Saypán, que son las que últimamente quedan pobladas.»

Reducidos a tres islas todos los indios y construidas las necesarias iglesias para todos ellos, debió facilitarse considerablemente el trabajo de los misioneros. Mucho hubieran deseado recibir de Europa nuevos operarios evangélicos; pero en aquellos años fué imposible satisfacer este santo deseo. En 1702 hallamos

que la misión estaba reducida a diez sacerdotes y dos Hermanos coadjutores.

Gobernaba la misión como Viceprovincial el P. Lorenzo Bustillo; a su lado vivía el P. Felix Muscati, y dirigía el colegio de niños y el de niñas el P. Antonio de Aparicio. Asistía también allí el Hermano Juan Chávarri, que entendía un poco de médico y cirujano, y tenía una modesta botica para remedio de las enfermedades. En otros pueblos trabajaban el P. Tomás Cardeñoso, el P. Diego de Zarzosa, el P. Antonio Cundari y el alemán Juan Sirmeisen. Por último, en la isla de Rota evangelizaba el P. Juan Tilpe, y en la de Saypán cuidaba de dos iglesias el P. Gerardo Bouwens.

«La religiosa observancia, dice la relación, está en todo su vigor, aplicándose todos con vigilante celo a la ayuda y bien del prójimo, así en lo espiritual como en lo temporal. Los indios se muestran dóciles y suelen comulgar en las principales fiestas del año.»

Tal es la última noticia que poseemos sobre la misión gloriosa de las islas Marianas en tiempo del P. Tirso González. La relación citada se escribía en 1702, y poco después de recibirla expiraba en Roma nuestro P. General.

Dejamos para otro tomo la continuación de esta apostólica empresa.